

Obra: "Casa de luna"

Autor: Juan Claudio Burgos

Director: Alfredo Castro

Elenco: José Soza, Marcelo Alonso, Norma Norma Ortiz, Tatiana Molina, Carlos Concha, Katerina Cabezas, Soledad Villavicencio.

Obra seleccionada en la III Muestra de Dramaturgia Nacional (1997)

Una en mí maté
yo no la amaba

La Otra, Gabriela Mistral

**Juego dramático en torno a
"El lugar sin límites",
de José Donoso**

Personajes

MINISTERIO SECRETARIA GENERAL DE GOBIERNO

SECRETARIA DE COMUNICACION Y CULTURA

DEPARTAMENTO DE CULTURA

en el boliche

Orlando Paredes, la Olguita.
Mario Quintero, el Camionero.
La Estela, hija de la Olguita.
La Luisa.
Las Chiquillas.
Borrachos.

en el sanatorio

Las hermanas de la caridad.
Doña Emilia, la auxiliar.
Alfonso Rengifo, el mayordomo.

lugar

Un sanatorio de paredes blancas, de un blanco estéril, casi polar, un lugar neutro, un espacio clínico sin salidas ni entradas, un lugar geriátrico. En último plano, de extremo a extremo, una corrida de duchas con vidrios transparentes, una especie de gran desagüe. El espacio central y el de las duchas están completamente desocupados. De vez en cuando aparece una que otra hermana, rompiendo con sus atavíos el gran espacio blanco.

el boliche: vida y pasión

el relato de la pieza

(la Olguita tirada en la cequia, Mario a su lado)

Olguita: Cuando entré a la pieza, Estela, que no me moviera porque me tenía que hablar, que no tenía hambre, que estaba muy cansado, y que no quería que le trajera nada, que sólo lo escuchara.

Mario: Bueno, que no era posible todo esto, hermana.

Olguita: Y la rabia con la que decía todo, Estelita, no se acordaba de todo lo que lo había ayudado, porque no tenía dónde caerse muerto cuando lo conocí, que no andaba más que con lo puesto, que tuve que pasarle incluso unos pantalones, de nada se acordaba, cuando me gritaba que era un viejo de mierda, Estelita, de nada.

Mario: Que todos en el pueblo sabían, y que todas estas historias me daban asco, que él me daba asco, que era un viejo asqueroso, que cómo era posible que inventaran toda esa mugre, que todo era mentira, hermana, que, claro, vivíamos en una pieza, pero nada más.

Olguita: Nada, Estelita, nada, si era pura cuentería de la gente, qué podía pasar, Estelita, dígame usted, nada, nada.

Mario: Sí, porque entonces no tenía dónde ir, además que por ese tiempo el trabajo era muy duro, hablaba poco con el viejo y de ahí derecho a dormir, a descansar, nada más que eso, se lo juro.

Olguita: Pero yo no podía dormir, sí, hablábamos poco, mirando el techo, él fumaba y fumaba, y lo miraba de perfil, y me quedaba en el humo que se iba hacia arriba siempre, mientras me hablaba y llegaba al techo, mientras lo escuchaba.

Mario: De muchas cosas, de las intenciones que tenía en este pueblo, de que aquí todo iba a ir mejor, que quería juntar algo de plata para volver de nuevo a la ciudad, que quería hacer muchas cosas, que tenía muchas ideas en la cabeza.

Olguita: Y yo lo escuchaba, Estelita, y sufría mucho, trataba de no respirar, para que no se diera cuenta y se fuera.

Mario: Claro, después me vine a dar cuenta de todo lo cerdo que podía ser el viejo, cuando se reían y hablaban y todo eso, pero antes de eso nada, no, hermana, si cuando supe no tuve otra salida, tenía que hacerlo, pero, hermana, entiéndame, no podía seguir aguantando, no podía, hermana.

Olguita: Tenía que sólo escuchar, nada más y quedarme mudo para que no saliera nada y no me enmierara como los otros, Estelita.

Mario: ¿Cuándo lo supe?, mandarlo a la mierda y no verlo más y salir corriendo para sacármelo de la cabeza junto con toda su mugre, hermana.

Olguita: No, como los otros no, usted lo sabe bien, Estelita, si no tengo para qué contarle más, no me haga hablar, Estelita, por Dios.

Mario: Porque usted me entiende, hermana, me tenía que limpiar de ese viejo y de toda su mugre, empujarlo, botarlo lejos, hermana, tenía que botarlo.

Olguita: No, le rogaba que no me dijera esas cosas, que me dolían más que todo, que si me quería botar, que me pateara, que me puñeteara, que me golpeará hasta quedar cansado, pero que no dijera nada, mudo, sin decir una palabra, porque eso me dolía más, Estelita, y no quería volver a escuchar de nuevo todo, no, Estelita, le decía que no lo había engañado, se lo juro, Mario, porque no quería que me reventara, como los otros.

Mario: Tenía que dejarle el cuerpo como una bolsa, para que se cansara de toda su mugre y borrarlo de este pueblo, hermana.

Olguita: Porque esas cosas me decían, Estelita, se da cuenta, como si una estuviera marcado y yo no quería escuchar de nuevo todas esas brutalidades, no, de su boca no. Estelita, no, no, no.

la cequia

(la Estela encuentra a la Olguita y trata de ayudarla a salir de la cequia)

Olguita: Ay, Estelita, mi vestido de lunares rojos, verdes, azules, amarillos, rosas, violetas, mire como me lo dejó, si ese Mario es un bruto, no tiene perdón de dios, Estelita.

Estelita: No, no tiene perdón, Olguita, si es un desgraciado, ahora deme la mano, no, la derecha, empuje usted también, eso, ya, un, dos tres, arriba, arriba, pero ayude, pues Olguita, ay, no puedo, no puedo.

Olguita: Ay, si usted, lo hubiera visto como volaba cuando bailaba sobre las mesas, Estelita, si parecía una reina, una reina con las piernas cansadas de tanto bailar.

Estelita: Y tan mojado que está, por Dios, si sigue aquí se va a resfriar, se va a tener que sacar todo eso, Olguita.

Olguita: Sí, pero usted me hubiera visto, Estelita, se me pegaban los lunares en las piernas, con las gotas de sudor cayéndome en la cara, seguía bailando sobre las mesas con mi vestido de lunares, ahora más empapado.

Estelita: Voy donde las chiquillas para que me ayuden, ya vuelvo, Olguita.

Olguita: Y lo tenía ahí delante, al Mario, Estelita, diciéndome que lo hacía bien, que le gustaba como me movía, que bailara con él y después vino todo lo que usted ya sabe, Estelita, toda esa mugre, ay, que no me quiero acordar, Estelita, por Dios, Estelita, Estelita.

Estela: Sí, chiquillas, la Olguita, mojada de la cabeza a los pies, todo empapado, el pobre, tuve que correr, por suerte que las encontré, chiquillas, me tienen que ayudar a sacarlo de la cequia, sí, de nuevo lo dejaron tirado esos desgraciados, pero el Mario las va a tener que pagar algún día, me dio una pena ver al pobre viejo, en medio de la cequia, todo lleno de sangre, con su vestido de lunares, metida en medio de la cequia, chiquillas, tienen que ayudarme, si no la Olguita se va a enfermar, yo les digo dónde, apúrense, que la Olguita se nos va a enfriar.

Olguita: Y después de todo, venir a dejarme tirada aquí el desgraciado del Mario, yo no merezco tanta maldad, Estelita, ¿no cree usted?

Estela: Sí, Olguita, chiquillas, no la encuentran más vieja, mas flaca, ay, Dios, como pellejo negro pegado a los huesos, y tan metida que está en la cequia, ayúdenme a sacarle el vestido, miren, todo empapado, toma, Luisa, que hay que lavarlo, ay, no saben el miedo que me dio cuando lo encontré, el viejo se nos muere, pensé al tiro, por eso fui donde ustedes, o si no no las hubiera molestado, ay, me tienen que ayudar a sacarlo, sí, mucha la maldad, Olguita, pero ahora tiene que ayudar, espérese un ratito, si ya va a salir, entre todas la vamos a sacar, ya, un dos tres, pero tiene que ayudar, también, pues Olguita, ya, chiquillas, ustedes por allá eso, eso, si no le va a pasar nada a su vestido, si se lo guardamos, Olguita, si usted no se merece tanta maldad, el Mario las tiene que pagar, Olguita, tiene que pagar todas la que le ha hecho, eso, ahora sí, un dos tres, pero tiren pues chiquillas, no si no se rompe, si lo tiene la Luisa, ella se lo va a lavar y a coser, ahora no se mueva, que no le va a pasar nada, le digo, pero no se mueva, ya, vamos, un dos tres, eso arriba, eso, eso, chiquillas.

el baile

(la Estela y las chiquillas desaparecen. Mario, un grupo de borrachos y la Luisa aparecen en el boliche, la Olguita está sobre una mesa)

Mario: Ya, pues, Olguita, dese otra vuelta más, eso, mi linda, zapatee así, mi viejita, como sólo usted lo sabe hacer, a su hombre, aquí pues mi negra, venga, pero no se baje, pues, aquí arriba, suba, suba, mi vieja linda, eso, ayúdenla chiquillas, si la vieja no puede, ya eso, un dos tres, bien, un viva por la Olguita, viva.

Borrachos: Viva la Olguita, Olguita, Olguita, Olguita.

Olguita: Ya, déjese pues, no ve que no puedo.

Mario: Cómo que no va a poder, ya, súbase no más, aquí mando yo, entendieron, aquí pago yo, y ustedes sigan gritando, mierdas, y ustedes ayuden a la vieja de mierda a subirse.

Otros: Viva la Olguita, mijita rica, preciosura.

Olguita: Pongan la música chiquillas, ay no, esos discos no, los que están en mi pieza, los de boleros.

Mario: Ya, mi vieja linda, ahora sí que se armó, ya, venga para acá que la voy a subir y me va a zapatear arriba de las mesas, porque yo se lo pido, entendió, entendieron, y ustedes van a aplaudir, mierda.

Borrachos: Olguita, Olguita, que se le ven los calzones a la Olguita, que los tiene con lunares, igual que el vestido, que tiene las piernas negras, flacas, y peludas.

Luisa: Ay, pero Olguita, si no lo encuentro, busqué y busqué y no lo encuentro, que traje este no más, que no encontré otro, lo voy a poner, ¿ah?

Olguita: Cuidado, pues, Marito, no ve que me puede romper mi vestido, cuidado, le digo.

Mario: Sí, mi vieja negra, venga, eso, esas caderas, así.

Olguita: Así, Marito, así quiere que le baile, mi negro.

Borrachos: Olguita, Olguita, Olguita, Olguita, mijita, vieja buena, báilele a su príncipe, mi princesa de la noche, mi tigresa, Olguita.

Olguita: Marito, cuidado, pues que me va a manchar mi vestido bonito, tesoro, no ve que me lo arrastra, y me lo puede manchar con vino.

Mario: No importa, mi vieja linda, le compro otro, aquí tiene, cuánto quiere, tome toda la plata para que se compre otro.

Olguita: Ay, no me lo rompa, Marito.

Mario: Ah, déjese de huevadas, le compramos otro, no es cierto, mierdas.

Borrachos: Claro, Olguita, Olguita, cántese otro bolero, eso mi vieja linda.

Mario: Toda la plata para usted, ahí tiene, cómprese diez, veinte, los que quiera, pero siga bailando, la corona, la corona para esta vieja huevona.

Luisa: Pero mire como le tienen el vestido a la pobre.

Mario: Ahora la corona para la reina, traigan la corona, la corona les digo, mierdas, que hay que coronar a la princesa, venga, vieja linda, mi Olguita, dele un abrazo a su hombre, eso mi vieja linda, traigan la corona.

(traen una corona de hojas de parra y Mario intenta subirla a una zaranda)

Olguita: Pero no me voy a poder subir ahí, Marito, que me voy a caer.

Mario: Hay que pasear a la reina, ya entre todos.

Olguita: Que no puedo, le digo, que me voy a marear, mire.

Luisa: Olguita, no deje que le rompan su vestido, que el Mario no se lo rompa, no se lo rompa.

Olguita: Pero si no voy a poder subir, Marito, no siga.

Mario: Un paseo para la reina, todos arriba, un, dos, tres, eso, con la vieja arriba, entre todos los huevones, con la vieja de mierda arriba, con toda la vieja arriba.

Olguita: Pero si no, Marito, por Dios, que no entiende.

Mario: Ya, listo, con la vieja ahora a la calle, a pasear la reina, cuidado que se nos cae la vieja, a la cequia se fue la vieja, a la cequia la vieja, a la cequia.

Olguita: Marito, que me voy a caer, que no puede hacerme esto.

Luisa: Miren, si va como una reina.

Mario: La vieja en el agua, que parece un perro todo embarrado, riéndose arriba, la preciosura, no me vaya a llorar, eso, como una niña grande arriba, con su corona y todo.

Olguita: No, Marito, que no ve que tengo el agua hasta el cuello, que me voy a morir, no me dejen.

Mario: Con la vieja al agua, un, dos, tres.

Olguita: Que soy una reina, Marito, que me traigan la corona, ¿que le gusta como me queda el traje, Marito?, lindo, ¿no?, que me tienen que llevar en andas, como a una reina.

Mario: A zarandear a la vieja maraca, todos arriba con la vieja, a la cequia todas las maracas.

Olguita: No, Marito, no me vayan a tirar, no Diosito, no.

(todos se van, llega corriendo la Estela acompañada de la Luisa, algunos borrachos merodean)

Estela: No le dije Olguita, y usted no me quiso hacer caso.

Olguita: Sáquenme de aquí, Estelita, quiere, tengo que pararme, Estelita, ese desgraciado no me puede dejar así, con estos borrachos revolcándose, váyanse a la cresta, borrachos de mierda, déjenme tranquila, Marito, mi vida, que el Mario no se vaya, Estelita, que no me deje aquí, no me deje aquí con estos hombres, que me voy a morir, me voy a morir, ayúdeme, Estelita, ayúdeme, usted también, Luisita, cúideme el vestido, por favor, se lo pido.

(desaparece la Olguita en la cequia)

el recuerdo

(aparece la pieza de la Estela junto a la Luisa y una hermana)

Estela: Y la dejó de nuevo botada pues, Luisa, en medio de la cequia, hermana, con su vestido todo empapado y cuando llegó a pedirme hilo se veía tan flaquita mi pobre vieja, puro pellejo en sus huesos.

Luisa: Y pensar que antes bailaba como una reina, la pobre doña Olguita, botando cuánto vaso se le pusiera por delante, chorreando vino por los manteles, gritando como una bestia.

Estela: Que le pusieran más fuerte la música, que eso le gustaba, le gustaba mucho, pobre Olguita.

Luisa: Y se reía como una loca cuando veía a todos esos hombres que se tiraban al suelo para verle sus calzones colorados, ¿se acuerda, Estelita?, llenos de lunares, rojos, verdes, rosas, azules, amarillos, igual que su vestido, se tiraban al suelo a lamer el vino que corría como un río.

Luisa: Ay, doña Estela, si usted la hubiera visto esta noche a la pobre Olguita, se hubiera muerto de impresión, imaginándose mientras bailaba que esos curados que la miraban eran todos el Mario, con sus mismas manos, con su misma risa, todos igualitos, con su misma cara linda, y esos ojos que se lo comían cada vez que lo miraban, tan enamorada, doña Estela, que parecía una tonta.

Estela: Y después de todo venir a quedar así, con su cuerpecito todo rociado con el vino de esos borrachos de mierda.

Luisa: Ay, doña Estela, pero no se acuerde más de eso, si ya pasó, yo nunca me voy a olvidar de cómo ella seguía bailando, mirando al Mario, porque ahora lo tenía cerca y lo trataba como toda una mujer.

Estela: Sí, y ella se ponía contenta porque la encontraba linda con su vestido de lunares de colores y sus tacones, bailando como una bestia en medio de ese lote de borrachos reventados en vino.

la puntada de hilo

Olguita: Estelita, Estelita, Estelaaa, ábrame quiere, mire que con tantos tirones que me dio el desgraciado ese, Estela, Estelita, Estelaaa, ábrame, quiere.

Estela: Que ya voy, que espérese un ratito, que con la sorpresa no sé ni donde tengo el hilo, pero que ya le voy a abrir, espérese, ay, que no lo encuentro, que no tengo ni siquiera una puntadita, que se me acabó todo, Olguita.

Olguita: Por favor, Estela, Estelita, que tengo que coser el vestido, no sea mala, Estela, si se lo voy a devolver todo, ya pues, Estelita, ábrame.

Estela: Sí, Olguita, si ya voy, déjeme ordenar un poco esto.

Olguita: No me deje aquí, pues Estelita, si no me importa, que me empiezan los dolores otra vez, sí, mire que con el frío de la mañana, que siempre volvían aquí en la boca del estómago, ay, Estelita, y que ya lo empiezo a sentir, y las encías son otro cuento, que me arden como nunca, aquí adentro, muy adentro.

Estela: Ya, entre, entre, Olguita, ay, pero cómo se le fue a descoser otra vez, Olguita, por tercera vez, va a llegar el día en que esto no va a tener arreglo, a ver, déjeme ayudarlo.

Olguita: Ya no se me ocurre cómo pegar una pieza con otra, usted que entiende más ayúdeme, ¿quiere? Usted sabe cómo hacerlo, Estelita.

Estela: Pero este género está muy roto, Olguita.

Olguita: Y mire cómo me lo fueron a dejar de nuevo, sin son unos desgraciados, venir a hacerme esto a mí, no, si es mucha maldad, Estelita.

Estela: Usted se lo buscó todo solita, ahora no venga a reclamar, tanto que se lo dijimos, que el Mario era aquí, que no tenía que meterse con él, que, bueno, usted sabe la historia mejor que yo, pero usted sorda, muda y ciega, ahora tiene que aguantar no más, no le queda otra.

Olguita: Las chiquillas vieron de afuera, Estelita, se rieron toda la noche de lo que le decía al Mario.

Estela: Ya sé, no me diga nada, no me dejes aquí, Marito, con estos borrachos, que bailan y zapatean en las pozas de vino y que van a manchar mi vestidito de lunares, Mario, que me lo salpican de vino que me toman con sus manos inmundas, duras, llenas de callos no como las tuyas, Marito, suaves, olorosas, grandes, no me trates así, que te quiero más que nunca, ay, señor, una completa tonta, Olguita, tonta hasta los huesos.

Luisa: No, doña Estela, sólo una pobre vieja que se levanta casi al alba para escuchar como llega su camión, el del Mario, ese, ¿lo ve, mi doña Olguita?

Estela: Ay, por Dios, si usted es para la risa, Olguita, mire que venir a enamorarse tanto, no hay caso con usted, bailando con ese tal Mario, con sus piernas como palillo, y más delgada que nunca, si ya parece un ánima, Olguita, se tiene que cuidar.

(la Estela le entrega el vestido, junto a la Luisa ven caminar a la Olguita hacia el boliche, desaparece la pieza)

Olguita: Para qué, si igual me voy a morir, aquí en este pueblo de mierda donde nadie, ni siquiera usted quiere entender que lo único que quiero es pensar en el Mario, escuchar su camión, cuando llega y él se baja y me toma de la cintura con esa mano de hombre fuerte y me levanta con una sola mano y me sienta en sus rodillas, ay, Mario, y comienzas a moverlas, y siento todo lo fuerte que son tus rodillas y tu mano siempre en mi cintura apretándome más, para hacerme sentir quién es el que manda, yo sé que eres tú, porque yo soy tan débil que no podría sacar esa mano grande que aprieta mi cinturita hasta que se me llenan los ojos de lágrimas, el dolor, Estelita, y sus rodillas siguen saltando, y yo cada vez más arriba como si llegara a tocar el techo, y su mano como si fuera de goma, se alarga con mi cintura bien tomada, y yo saltando más arriba y su mano bien sujeta, haciéndose cada vez más larga, su brazo, como si fuera de goma, Estelita, su mano como si fuera de piedra, dura, muy dura como sus rodillas una piedra más y mi cuerpo una pajita, Estelita, una pajita pequeña que salta con el viento, y todas las chiquillas alrededor riéndose con otros hombres, escuchando sus risas arriba cuando casi voy a tocar el techo con la luna de papel pintado, la he visto alguna vez, casi tocando la punta con estos dedos que Dios me dio, Estelita, y tu mano, Mario, siempre bien sujeta, como una piedra en mi cinturita de paja, de paja y te entusiasmas cada vez más, eres como mi papito que me cuenta historias y me hace caballito, caballito upa, upa.

(llega al boliche, donde están Mario, los borrachos y las chiquillas)

Mario: Ahora todas las viejas a la mesa, sobre la mesa los vejestorios, que esta noche tenemos fiesta, báilele a su papito, mi negra, como usted sabe y cámbiese de traje pues, como toda una reina, que quiero verla linda, como una princesa, a ver chiquillas, tráiganle a la vieja el vestido más bonito que tenga, que quiero verla como una reina bailando sobre las mesas, botando todo, como una bestia sobre las mesas, mi vieja linda.

Olguita: Está arriba, Luisita, dígales cuál, quiere, en mi pieza, en el cajón del fondo, el de lunares, el que me arregló la Estela, el que traje esta mañana, dígales que se apuren, ay, como no lo van a encontrar, si lo dejé ahí en la mañana, busquen bien, las cosas no les van a decir dónde están, que busquen, que busquen, Luisita, que el Mario me quiere como una reina esta noche, ay, no Luisa, por Dios, no ese no, ese floreado está muy viejo, no les dije que el de lunares, el que me arregló la Estela, ése, ese mismo, tráigamelo, Luisita, pero apúrese, niña, ya, ayúdenme todas, aquí no más, que voy a estar subiendo, muévanse, ya, ¿listo?, pero, Luisita, por Dios, que el Mario se me va a aburrir, que tengo que bailar esta noche, que todas me tienen que ayudar, a ver, si son todas unas inútiles, si no sirven para nada, lentas como mulas, todas, no sirven para nada, un atado de inútiles, el tirante, que la basta, que con cuidado que se puede descoser, yo lo hago mejor, déjenme sola, váyanse, si no sirven para nada, déjenme sola, sola, sooolaaa.

(desaparecen la Luisa y las chiquillas, la Olguita y Mario permanecen en escena, Estela observa)

Ay, no, Marito, dígales a esos borrachos que se callen, que no me digan más leseras, que me pongo colorada, pero no me tire, si ya me bajo, no, mire que tuve que decirle a la Estela que me lo arreglara, que lo tenía guardado, que no me lo ponía hace tiempo, no, Marito, si ya me bajo, que se va a romper, no ven, no, de la basta no, Marito, que se, se está descosiendo, Estelita, no tiene un poquito de hilo que me preste, que el Mario me está descosiendo de nuevo el vestido, si se lo devuelvo, no, Marito, que lo cosí esta mañana, que si lo rompo de nuevo la Estela no me va a prestar más hilo y me voy a quedar con mi vestido todo roto de nuevo, no, de nuevo no, Marito.

(Mario se tiende sobre la mesa y le mete la mano bajo el vestido a la Olguita)

Mario: A ver si tiene, mi vieja, veamos si tiene, veamos todos si tiene, no se me arranque pues, si no le vamos a hacer nada, si todos somos sus amigos, ¿no ve que la queremos? ¿No es cierto, que

todos la queremos? Digan que sí, mierdas, sí, que se escuche más fuerte, sí, Olguita, si la queremos y queremos ver si tiene la Olguita, no es cierto?, digan que sí, pues, mierda, que sí.

Olguita: Ay, no, Mario, que cómo me va a hacer eso, ay, no, ayúdenme, chiquillas, no se queden ahí, que el Mario me va a pillar, ayúdenme pues, minas de mierda, usted, Luisita, que se queda parada ahí como una mula.

Mario: Ya, que la vieja se nos arranca, todos a pillar a la vieja, a reventar a la vieja, eso, eso, a pillar la gallina vieja que da buen caldo.

(la pillan y la tiran sobre la mesa)

Olguita: El ahora se había tendido sobre la mesa, Estelita, su mano iba bajo mi vestido, yo me arrancaba, no quería que me tocara, me agarró despacito y se rió y se rieron todos yo me reí y me quedé quieta, Estelita, ¿me escucha?

Mario: Es gallo, el viejo culeado nos engañó, nos engañó, cabros, a sacarle entre todos las plumas, a comerlo en cazuela, a sancocharlo, en la cequia, a desplumarlo, mierdas, que vamos a comer caldo de gallo viejo, traigan más vino, chiquillas, para el cocimiento, así mi vieja, bien desplumada, mi vieja maraca, todos con la vieja a la cequia.

Estela: Y a todo grito me contaba la pobre que su vestido.

Olguita: Que me lo rompen y los lunares, Estelita, se me van a caer todos, Estela, Eeesteelaa.

Mario: Sin ni una pluma la vieja, para que aprenda, la vieja maraca, ya pues mierdas ayuden, que se quedan ahí parados como imbéciles, si la vieja no muerde.

Olguita: Agárreme ese azul, Estela, que se va derecho donde esos borrachos.

Mario: Agárrenlo bien, que la vieja es chúcaro.

Olguita: Ay, Estelita, que se cae, que se me cae todo y que voy a tener que coserlo todo de nuevo, cuando todos estos borrachos de mierda se vayan y me quede solo de nuevo y te vayas tú también, porque ya no te quiero ver más, Mario.

Mario: Que el viejo se nos arranca, a pillar al viejo, que anda pilucho el viejo, que cuando salga le van a pegar, que hay que salvar al viejo, para que no le peguen, por maraco, por viejo, por flaco, por todo, que no me escuchan, que hay que salvar al viejo, porque tenemos que dejarlo para que nos baile, que no se puede morir, que si lo pillan afuera, me van a matar al viejo, que no puede salir, que lo tenemos que encerrar, para que no deje de bailarnos, que es lo único que tenemos en este pueblo de mierda, que se va a morir si lo dejamos salir, que no lo dejen, no, que el viejo se nos muere.

Olguita: Ay, Estelita, que tengo que ir a buscarlos, que me tienen que esperar todos, que ya vuelvo, que no me va a pasar nada, mira, que ahí va, el lunar, que no lo ven, que va rodando y atraviesa la puerta y pasa por la calle y va donde mi viejita, que está en los cielos, esperando a su hijito que vuelve cansado, muy cansado de nuevo, que si llega a ver ese lunar, va a saber dónde estoy, va a venir a buscarme y nos va a pegar.

Mario: Que si lo dejan salir, se va a acabar todo, todo, y todos nos vamos a ir a la mierda con su mamita entrando por esa puerta, y te va a pegar a ti y a ti y a ti y a ti también.

Olguita: Y te va a quebrar esa mano de piedra que aprieta mi cinturita de paja, con una mano mucho más grande, otra piedra, piedra sobre piedra, no, no me pegue, mamita, si no estoy haciendo nada malo, nada malo.

Mario: No, no, no, si son amigos, si ya luego se van a ir, no prenda la luz, si les digo que se vayan, pero no me pegue de nuevo, quiere, no, de nuevo no, no, nooo.

(se escucha el ruido seco de un cuerpo que cae al agua, silencio)

el recuerdo

(aparece la pieza de la Estela, junto a la Luisa y a una hermana)

Estela: Ay, no sé cómo no se despertaba todo el pueblo con tanto grito, hermana, y al otro día, nada, ni un murmullo, sólo aparecía ella, la pobre Olguita, toda embarrada cerca del canal, siempre lo mismo, al lado de las moras, como muerta, tiritando como un perro mojado, yo no sé cómo aguantaba tanto el pobre.

Luisa: Entre todas teníamos que traerla en vilo a la pobre, porque qué se iba a parar, hermana, si no le quedaban fuerzas ni para hablar de tan molida que estaba.

Estela: Usted no sabe cuánta lástima me daba verlo pasar del brazo de las chiquillas, hermana, lo veía por la ventana, todo el pueblo se preparaba para ver pasar a la pobre loca por las calles, del brazo de las chiquillas, y todos sabían quién había sido, pero de qué servía si al pobre le gustaba que lo trataran así, bien golpeado, bien embarrado, pisado y maltratado por todos los que llegaban al bolichito.

Luisa: Pobre Olguita, no había caso que entendiera que eso le hacía mal, que no tenía que tomar tanto, que se cuidara, que la cortara con el Mario, que ese era un hombre malo, que un día la iban a encontrar muerta en el canal, y que hasta ahí no más iba a llegar la historia de la finada Olguita, que se cuidara de esos hombres, si pues, Olguita, me tiene que hacer caso, si se lo digo es porque soy su amiga, nosotras siempre se lo decíamos, pero no había caso, estaba como enviciada en ese modo tan tonto de vivir, que a mí me daba mucha lástima verla pasar, hermana.

Estela: Y esa mañana, cuando hacía un frío que quebraba los huesos, el pobre estaba golpeándome la ventana, a pie pelado, con un chal todo roto que apenas le tapaba la espalda, lo hubiera visto, hermana, se hubiera muerto de la impresión, tiritando, como recién saliendo de la cequia, golpeándome la ventana, hermana.

la persecución

(desaparece el cuadro anterior y se ve a la Olguita ante la ventana de la Estela)

Olguita: Una puntadita de hilo rojo, Estelita, que tengo que coser de nuevo el vestido, sí, el Mario otra vez me lo dejó todo tirillento, sí, Estelita, anoche se enojó mucho porque me pilló de nuevo bailando y me lo rompió, completamente hecho tiras, puros hilos colgando de la cintura, sea buena, Estelita, y convídeme un poco de hilo, si después se lo voy a devolver, cuando compre un cono, así de grande, ¿ve?, cuando vaya de nuevo al pueblo, lo primero que voy a hacer, escuche bien, meterme en la primera tienda que encuentre, pedir un inmenso cono de hilo y traérselo entero a usted, escuchó bien, Estelita, no se preocupe, si se lo voy a devolver todo, pero ábrame la ventana, que aquí hace mucho frío y el frío se me entra por las piernas, ábrame, mire que no alcancé a ponerme los zapatos y estoy así no más, sin nada, y el suelo tan helado, Estelita, y la escarcha, no se da cuenta, Estelita, que no me escucha, ábrame la ventana, quiere?

Estela: Ya, si ya le abro, espérese.

Olguita: Una puntadita de hilo rojo, mire que el Mario de nuevo me rajó entero el vestido, si ese Mario se tiene que ir a la mierda, como todos esos otros huevones, que no lo hacen nada de mal, ay, que no entiendes que no puedes ser así conmigo, Mario, así tan, tan, tan malo conmigo.

Estela: Ay, Olguita, sabe que no encuentro el hilo, rojo me dijo, ¿no es cierto?, a ver, espérese, voy a buscar en la pieza de la Luisa, me espera un ratito, si ya le voy a abrir.

Olguita: Tan malo, Estelita, conmigo, que le había entregado todo su amor, a mi amor.

Estela: Ay, cálese, Olguita, que parece una loca allí hablando sola, si ya le voy a abrir la ventana, pero déjese de decir tonteras, no ve que todos se van a reír de usted, espérese, voy a ponerme un chal y le abro al tiro, pero no diga más tonteras, quiere.

Olguita: Bueno, pero no se olvide de buscarme una puntadita de hilo, por favor, no me la niegue, mire que tengo que bailar a la noche de nuevo y si no arreglo el vestido, ese conchadesumadre del Mario no va a venir en su camión amarillo y no le voy a poder decir que lo quiero más que la mierda.

(aparece el Mario y la abraza por la espalda)

Mario: Pero, Olguita, si el agua en la noche no es tan helada, si en la noche es tibiecita, más que en el día, no tenga miedo si no le va pasar nada, si es un juego, sólo un juego, y yo me voy a meter después con usted y todos, en el agua tibiecita, bien pegaditos a la Olguita, todos, ¿no es cierto, mierdas, que todos después en el agua con la Olguita?, digan que sí, mierdas, que sí siempre, entendieron, sí, sí, sí, no ve, Olguita, si es un juego, si no es verdad, si no le va a pasar nada, nada, digan nada, nada, mierdaas, siempre naadaa.

Olguita: Bueno, si me meto, pero, ay, ay, por favor, sácame de aquí, Marito, ay, que está muy helada el agua, que no sientes el frío que me da, Mario, escúchame, que afuera hace mucho frío, que ya no aguanto el hielo en los pies, que la espalda se me pone como témpano, no sea tan mala y ábrame la ventana, mire que se va a poner a llover y yo aquí afuera apenas vestido, con un chalcito y sin zapatos, que el agua ya va a caer, no se da cuenta que el día es un día de mierda, oscuro por todos lados, ábrame, por favor, si nadie nunca lo va a saber, Marito, lo de la idea de tirarme al agua, si no le voy a contar a nadie, Marito, pero, por favor, convideme una puntadita de hilo rojo, fucsia, amarillo, verde, negro, de cualquier color, si total en la noche con las luces ni se va a notar que no es del mismo tono, pero sáquenme de allí, Marito, que le abriera, porque se va a largar a llover ligerito y la lluvia, usted sabe, Marito, me va a pillar así, casi desnuda, que no le daba lástima un pobre viejo todo cagado, todo mojado, en medio de una cequia, si no quiero más que una puntadita de hilo, no sea mala, Estelita, ábrame, por favor, por favor, Marito, Marito, por favor, Estelita, Estelita, déjeme entrar, que va a llegar el Mario y me va a pegar de nuevo, déjeme pasar, Estelita, mire que el Mario de nuevo anda borracho, que nadie va a saber nada, que las chiquillas se van a quedar calladas, pero, por favor, que siento al Mario que ya llega, ábrame, Estelita, por favor, me vine corriendo, antes que el Mario despertara, así que no sabe nada, Estelita, si no le va a pasar nada, que no me quiero morir todavía, Estelita, porque, qué culpa tengo de que el Mario no me entienda y que me trate como un animal, usted no sabe cuánto me duele todo esto, Estelita, porque también tengo mi corazoncito y sólo quiero que me quieran, ábrame, Estelita, mire que si me llega a encontrar el Mario, me va a matar a palos, porque usted no sabe cómo se pone con el trago, como una bestia, Estelita, y no le importa nada, y me da un miedo verlo así, y no quiero verme de nuevo tirada en medio de la cequia toda mojada y moreteada, muerta como los perros que lanzan a la cequia para que se pudran más luego en el agua, con su cuerpo todo hinchado de pura pudrición por dentro, ay, Estelita, que no quiero acabar así, como un animal, tirado en la cequia, hinchada como un perro cualquiera, con mi cuerpo como un témpano aguas abajo, siempre hacia abajo y terminar hecho un montón de basura, pura mugre mi pobre cuerpo, tan delicado, tan delgadito, a punto de quebrarse, déjeme entrar, Estelita, que a su casa este desgraciado no va a pasar, que a usted le tiene respeto, ábrame, por favor, si después, cuando se le pase la rabia y se vaya rezongando ese infeliz, voy a pescar todas mis cositas y me voy a mandar cambiar lejos,

donde ese huevón del Mario no me encuentre nunca, porque me tengo que olvidar de él, no cree, Estelita, y no me va a ver más, porque es un desgraciado, que no tiene perdón de Dios, mire todo lo que me ha hecho sufrir, pero tarde o temprano, las va a tener que pagar todas, ay, Estelita, que ya lo siento venir, así que ábrame la puerta, Estelita, por favor, Estelita por dios, que me va a pillar y me va a sacar la mierda a palos el infeliz, no, Marito, no, por favor, no, nooo.

(desaparece la pieza de la Estela)

la muerte en la cancha

(la Olguita y Mario están en un despoblado)

Mario: Así que esto es lo que te gusta, maricón de mierda, ahora van a ver quién es quién porque no soy ningún maricón, entendiste, mierda, ¿entendiste, ah?

Olguita: No, Marito, si nadie sabe, se lo juro, no se lo he dicho a nadie, ay, no, Marito, no siga.

Mario: A sacarte todas esas pilchas, no le gustaba que le dijeran Olguita al lindo, ya, Olguita, sáquese todas las pilchas, sácatelas, mierda.

Olguita: Ay, no, Marito, pero entienda, no se ponga así, que las chiquillas van a escuchar todo.

Mario: Qué me importa nadie a mí, nadie, mierda, escucharon las maracas que están afuera, nadie, así que esto es lo que les gusta a todas, ¿ah?, ven para acá, viejo de mierda, porque tienes que entender que no soy ningún maricón, porque aquí el hombre soy yo.

Olguita: Ay, Marito, mire que las chiquillas van a escuchar todo, no grite más quiere, por favor.

Mario: Y qué, grito más fuerte si quiero, total la plata la pongo yo, porque yo soy el hombre entendiste, maricón de mierda, y te voy a romper a palos, para que nadie me trate de maricón, porque yo soy el hombre aquí, escucharon bien minas de mierda y me las voy a culear a todas, también.

Olguita: No diga eso, Marito, dígame lo que quiera a mí, pero a ellas no, mire que después se van a reír de mí si sigue tomando, Marito, no siga, Marito, si mañana todo se va a olvidar.

Mario: No, mierda, aquí a nadie se le olvida nada, ahí tenís viejo culeado, para que se te refresque el coco y me dejís de fregar y te quedís tranquilo y para teparle la boca a todos estos huevones ociosos, que están escuchando cómo me tiro al viejo de mierda.

Olguita: Ay, por Dios, déjeme tranquilo, Marito, se lo pido por Dios.

Mario: Escuchen, mierdas, este viejo es el maraco, grita ahora, viejo culeado, grita para que te escuchen estas mierdas, grita te digo, para que escuchen las minas afuera también, bien culeado el viejo maraco, bien culeado.

Olguita: Ay, no señor, que le va a hacer mal si sigue tomando así, no, Marito, por Dios.

Mario: Como un animal, como les gusta a estos viejos, grita ahora, viejo de mierda, como un animal, piluchito, oíste, mi viejita maraca, piluchita, como a mí me gusta, eso, mire que venir a decirme maricón, yo no soy ningún maricón, aquí el único maraco es este viejo de mierda que me lo voy a culear delante de todos para que vean lo que es ser un hombre y para que grite como una gallina y todos lo escuchen en este pueblo de putas y de maracos, me escuchan, mierdas.

Olguita: Que yo no lo quise engañar, Marito, que yo no soy ningún animal, que yo lo quiero, pero que no me entiende nadie en este maldito pueblo, si es cierto, Marito, que nunca lo había querido engañar, porque yo lo quiero de verdad.

Mario: Escuchan a este viejo gritar, mierdas, escúchenlo ahora, ahora, grita ahora pues, viejo, grita, que esperai, viejo maraco.

Olguita: Cierto, sí, Marito, si yo soy el maricón aquí, que usted es todo un hombre, si lo engañé, perdóneme, por Dios, porque yo lo quiero, déjeme, Marito, si usted no tiene nada que demostrar a nadie, porque usted es un hombre, déjese, Marito, por Dios, déjese.

Mario: Pero cómo es posible todo esto, qué les dio conmigo a estos huevones desgraciados, si aquí el único maraco es este viejo de mierda, por qué seré tan desgraciado, por la chucha, que no me entienden, mierdas, que aquí yo...

Olguita: Déjeme, que lo puedo ayudar, consuelo y la mano por la espalda, ¿ve?, no, si no le voy a decir nada, sólo la mano por la espalda, como a un niño, ¿ve?

(aparecen de a una las hermanas y observan lo que sucede)

Mario: Y lo miré fijo y me dieron ganas de matarlo ahí mismo al chucha de su madre, porque era mi desgracia, porque era un viejo degenerado, un viejo maldito, un infeliz que me había cagado la vida y lo tenía que matar, lo tenía que matar, para poder olvidarme de él, que me tenía que ir lejos, donde nadie me conociera, porque quería empezar todo de nuevo, de cero como si nunca me hubiera encontrado con él y tener un camión nuevo, una novia nueva, una vida nueva y que si no lo mataba nada de eso iba a ocurrir, que lo hacía por mí, que no me quería cagar la vida, porque quería otra cosa, ¿que no me entendía?, que aquí nada sería igual que antes, que tenía que enterrar este pueblo de mierda también, junto con los huesos del viejo, para que todo se olvidara, como si este pueblo de mierda se lo hubiera tragado la tierra, dejar el suelo planito, planito y plantar árboles y más árboles y abajo toda la gente enterrada, todos los que sabían bien muertos, enterrados bajo el suelo planito, planito, con la boca bien tapada, con piedras, sellada, para que no hablaran, para que no dijeran nada ni después de muertos, porque me tenía que olvidar de todo, de esto, de él de todo, porque me quería ir, que me voy a ir mañana mismo, viejo huevón, voy a pescar mis cosas y me voy a mandar cambiar lejos, adonde nadie me conozca, y te voy a dejar botado, viejo de mierda, con este pueblo de maricones, para que se pudriera con toda la gente adentro, muy lejos, que nunca nadie iba a saber nada, que iba a desaparecer, porque el maricón era él.

Olguita: Sí, Marito, usted tiene razón, pero no siga hablando que le va a hacer mal, mi mano en su espalda más y más, Marito, le hace bien, ¿ve?, que ahora como que pasa despacio y usted ni se da cuenta que la tengo aquí, ¿ve?

Mario: Y el viejo culeado me seguía diciendo otras cosas, que me daban ganas de llorar, hermana.

Olguita: Ay, cómo decirle todo, pero no me atrevo, la mano por la espalda, lo voy a arropar porque ahora tiene frío, mi niño, chiquillas, Luisita, ¿se dieron cuenta?

Mario: Y me dieron ganas de mirarlo, pero ahora no para matarlo, hermana, con las lágrimas que me corrían por la cara, hermana, que ahora me daba pena el viejo, lo que le había hecho, y lo abrazo, venga mi pobre viejo, venga, que no entendía, hermana, yo abrazándolo.

Olguita: Y yo con mi mano en su espalda, ¿ve? Tratando de decirle de memoria que no importa, que el maricón era yo, que el hombre él, que así lo quería siempre, ahora olvídense de todo, no piense en los otros, porque ya no importa, porque ya no importaba nada, venga aquí, mi niño, a mi lado, bien arropadito en su chalcito celeste, de niño, dele un beso a su mamita vieja, eso, mi niño, todas las noches un beso, antes de acostarse, ahora sí que nos vamos a entender mejor, porque usted ya sabe todo, yo, claro que me da pena, pero qué se le va a hacer, si esta vida es para sufrir, pero ahora tengo a mi lado a mi niño, y ahora sí que todo va a ser distinto, muy distinto todo.

Mario: Venga, mi pobre viejo, que no entendía nada, hermana, venga, y de nuevo llorando.

Olguita: Y ahora muy cerca de sus ojitos y no hable más, que tiene que dormir.

Mario: Y lo miré de nuevo, hermana, y le tomé la mano al viejo para que bajara y, ay, hermana, que no entendía por qué le pedía eso, aquí, nanay, quiere, nanay a su niño grande.

Olguita: Y lo hago.

Mario: Sí, sí, sí, más.

Olguita: Y sigo.

Mario: Ah!, eso, así, sí, sí, mi viejito lindo.

Olguita: Más nanay, más nanay, más nanay?, ay, cómo me hace llorar mi niño grande.

Mario: Y lo besé, señorita, lo besé.

Olguita: Y ahora, mi niño, a cerrar los ojos cansados, como dos hombres grandes.

la confesión de Mario.

(las hermanas recogen el cuerpo y las pertenencias de la Olguita, consuelan y escuchan al Mario, a las chiquillas)

Mario: No, no, no, hermana, todo es mentira, puras mentiras, mentiras, mentiras, puras mentiras, si no pasó nada si sólo le pegué, bueno, sólo al principio, unos dos o tres golpes, nada más, si me fui al tiro, se lo juro, era un viejo desgraciado, hermana, después cuando no se movió más me dio miedo y me tuve que ir, después las chiquillas me contaron, y ahí me dio más miedo todavía.

Las chiquillas: Ay, sí, hermana, lo tuvimos que llevar a la posta porque como que se estaba desangrando.

Mario: Yo no vi sangre, se lo juro, hermana, nada, lo llamé hartito, Olguita, Olguita, dígame algo pues, pero nada, como si se hubiera muerto, de ahí me dio miedo, y ahí en ese momento, ¿si se me fue cortado el viejo?, si era como una lepra, hermana, me lo tenía que sacar de encima, qué quería que hiciera, además era un viejo borracho, no me podía quedar con los brazos cruzados, le tenía que dar su merecido, ahí se me ocurrió llevarlo a las canchas, que se fuera lejos, que me dejara tranquilo, si sé que se me pasó la mano, que le pegué mucho, que el viejo estaba como loco, que no me soltaba, hermana, y que me lo tuve que despegar, que ahí fue cuando me acordé de las vacas y de los chanchos, en el campo, hermana, y le di, le di muy fuerte, al pobre viejo, y gemía y su cuerpo flaco y viejo pegado al mío, que me daba mucha pena, hermana, lo que estaba haciendo con ese viejo en ese auto viejo, que casi no podía hablar, que pesqué lo primero que tenía a mano y comencé a darle, y lloraba mientras me lo trataba de sacar de encima, con un palo, que fue lo que encontré, sí, lo invité a salir, porque estaba cansado de estar todo el día en esa pieza tan estrecha, hermana, que no se podía vivir, y la bulla, que me tenía la cabeza como papa, si el viejo era buena gente, pero no sé lo que me dio, no le digo que lloraba mientras le daba, y el viejo gimiendo, y de ahí vino lo otro, que lo dejé tirado, que creí que se había muerto, por la sangre, y que no se movía, mudo, como que no respiraba, al tiro donde las chiquillas, después les dije lo del viejo.

Las chiquillas: Ay, sí, hermana, a mi cabo, cuando vino, si el Mario se tuvo que ir no más, que te vas a tener que esconder, Mario, por lo del viejo, digo yo, ay, no, pero aquí no, mi cabo, si aquí no hay nadie, no ve, cuando lleguen y pregunten muy dulces, muy amorosas, si nosotras sabemos muy bien cómo hacerlo, Mario, quédese tranquilo, bien tapado con las colchas, ay, no mi cabo, si nunca lo habíamos visto, sí, el viejo, no me diga, si era un borracho, mi cabo, que se debe haber muerto de lo curado que era, al Mario, o sea al tal Mario, no nunca, ni en pintura, sí, fíjese, era un viejo maricón, don Orlando Paredes, Orlando sin hache, mi cabo, la o solita no más, hartito que nos hacía sufrir a nosotras las pobres, mejor que se hubiera muerto, ay, sí, se perdía por semanas enteras, que no era raro que lo hubieran encontrado así todo lleno de sangre, en ese auto viejo, en medio de la cancha, porque por borracho le pasa, por ser un viejo loco, que se muriera, que no servía de

nada, además de viejo, hediondo, ay, pero por qué no pasa mi cabo, que aquí afuera hace mucho frío, entre no más, no, si no he visto nunca a ese desgraciado que usted dice, sí, a ese tal Mario Quintero, ay, no, que vamos a saber nosotras, pero siéntese aquí a mi ladito, le traigo algo.

Mario: Y yo de arriba viéndolas, hermana, escuchándolas, que si decían algo de más o de menos se iban cortadas todas las huevonas, que así, que eso.

Las chiquillas: Que se va a servir, mi cabo, no, si el viejo era un loco, no le digo, ah!, qué, qué, qué, ¿que lo encontraron muerto, adentro de un auto viejo en medio de la cancha?, no, Dios mío, si esto es una desgracia, pobre don Orlando, porque, señor, el Mario se lo tuvo que llevar tan lejos, para que nadie se diera cuenta en la noche, y le dijo que lo acompañara, andaba muy borracho esa noche, cuando le dio de palos en la cabeza y lo mató, lo mató, lo mató, lo mató, fíjese, mi cabo.

Mario: No, minas de mierda, no, o quieren que las mate como al viejo a trancazos, a todas, en plena nuca para que se vayan cortadas de un viaje todas, no si no, mi cabo, créame, por favor, hermana, sí, me lo llevé cerca del canal, que ahí, bueno, y le empecé a dar palos en la cabeza al pobre viejo, hasta que se quedó como muerto, no se movió más, la cabeza le sangraba mucho, me dio susto y salí corriendo, había matado al viejo, le dije que me acompañara a comprar una pilsener donde la Estelita, de ahí me lo fui pololendo hasta que llegamos a orillas del canal y el viejo maraco trató de darme un beso, el muy cochino, pesqué un palo y le empecé a dar, uno tras otro, no tuvo tiempo ni de gritar el viejo maricón, creo que lo maté al tiro, sí, me lo llevé cerca del canal, donde está la corrida de álamos, al lado de esas micros abandonadas, ahí mismo, adentro de un auto ahí, con el viejo antes de mandármelo, andaba hirviendo, yo no le decía nada, calladito caminando al lado, no más, llegamos al auto y como si lo hubiera hecho con un perro, con una vaca, con cualquier animal, como cuando cabro chico, como con la vaca esa vez cuando los cabros se reían porque no alcanzaba, hermana, esa noche me acordaba de la vaca, que no había podido porque era muy chico y veía al pobre viejo, toda disfrazada con ese traje ridículo de bailarina española y tan flaco que estaba, que a veces me daba pena el pobre viejo, si no era malo, era maraco no más, parecía bailarina española, igual, y bailaba y hacía los mismos pasos, arriba de las mesas y me dio rabia, hermana, que lo había pensado de antes, que el viejo culeado me tenía aburrido, que no se iban a dar cuenta si lo encontraban por ahí botado al pobre, si pasaba curado, que nadie nunca iba a saber que lo iba a matar esa noche, que quién se iba a ocupar de un pobre viejo maricón, me lo llevé al auto, por las canchas, la lado del canal, y lo dejé tirado, no me di cuenta de que no estaba muerto, como lo vi quieto, creí que se me había pasado la mano, ni gritó, como que se quedó dormido, igual que cuando matábamos a los chanchos a trancazos, hasta que se morían porque se les acababa la sangre, con el hocico lleno de sangre, el viejo ahí tirado, chorreando sangre, me dio susto verlo tan quieto, si en realidad no quería matarlo, si no le pegué tan fuerte, lo raro es que no gritó, como un pajarito, quieto al tiro, andaba tan borracho el pobre, y de ahí corrí, corrí, corrí, corrí, boté el palo al canal y dejé que el viejo se desangrara en el auto, y de ahí, donde las chiquillas, me escondieron, cuando vinieron los pacos, se quedaron calladitas, le contaron que el viejo era aquí, era allá, cuando lo encontraron, y no estaba muerto, lo llevaron al hospital y yo escondido debajo de las camas de las chiquillas, no miento, arriba, en el cuartito del entretecho, mirando a las chiquillas que no se les fuera a salir una palabra, tapado con las colchas, quieto, como el viejo, mientras le daba palos en la cabeza, sangrando como los chanchos, cuando le dábamos trancazos, por el hocico, todo lleno de sangre, lo dejé en el auto y me fui donde las chiquillas, el viejo andaba caliente esa noche, pero si no lo quería matar, si yo no soy tan malo, hermana, cómo se le ocurre que iba a matar a un viejo así, pegándole con un palo en la cabeza, mi cabo, lo hice, porque le tenía lástima, hermana, porque era un viejo tan desgraciado, un maraco, hermana, el pobre, yo pobre, hermana, porque éramos tan pobres los dos, no, mi cabo, no.

el sanatorio: abandono y muerte

MINISTERIO SECRETARIA GENERAL DE GOBIERNO

SECRETARIA DE COMUNICACION Y CULTURA

DEPARTAMENTO DE CULTURA

la purificación

(doña Emilia y Alfonso conducen el cuerpo de la Olguita al centro del patio)

Emilia: Ay, no, ningún problema, lo que se les ofrezca, hermanas, ay, pero si estoy acostumbrada, no ve que me he tenido que encargar de casos peores, puh, si este viejo, o sea, caballero, no es nada en comparación con los que llegaban antes, esos casos sí que eran terribles, viejitos, viejitas a punto de morirse, tirados, que los recogían en la calle que venían a morir aquí, muy terrible todo, un desastre verlos, tratarlos, incluso tocarlos, pero este caballero, don Orlando creo que se llama, ¿no? no es nada, un caballero loco no más, pero aquí se va a mejorar, puh, si he visto casos peores, esto no es nada.

Hermana: Y se lo lleva al medio del patio, doña Emilia, y con unos cuantos manguerazos lo deja limpiecito.

Hermana: Ay, sí, hermana, y usted, don Orlando, se va a quedar quietecito, mudo, como un pajarito, con el agua pegándole en la espalda.

(Alfonso y doña Emilia lo llevan al medio del patio)

Hermana: Pero, mire como llora, hermana.

Hermana: Ay, no sea tonta, hermana, si es el agua que le entra por los ojos y le sale por los ojos, mire que se va a poner a llorar el pobre viejo.

Hermana: Y tan flaquito el pobre, para mí que no ha comido en meses.

Hermana: Pero cómo no va a estar delgado, si antes nadie se preocupaba del pobre, tuvo que llegar aquí para que alguien se preocupara, antes quién, nadie, hermana.

Hermana: No cree que está demasiado quieto, hermana, no se habrá muerto, el pobre.

Hermana: Pero así parado, como las gallinas, ay, no sea ingenua, hermana, si es por el agua, que le corre por el cuerpo, rebota en el cemento y se va derecho al desagüe, ¿no la ve?

Hermana: Y la señora Emilia le habla y le habla, hermana, metiéndole la manguera por todos lados.

Emilia: Que ha estado bonito el día, ¿no? ay, que como estamos en verano, si, un calor, claro, como todo es puro cemento, cemento por arriba, por abajo, por todos lados, el calor de enero es terrible, un infierno, don Orlando, y se me tiene que portar bien, si se quiere mejorar.

Hermana: Ay, pero no ve que está llorando, hermana.

Hermana: No sea tonta, hermana, si es pura agua, qué lágrimas va a tener el pobre, doña Emilia, dele y dele con la manguera, con harta presión el agua, para que quede limpiecito, me escuchó, doña Emilia.

Hermana: Y si el caballero se nos muere, si se llegara a caer de tan flaquito que está, con la presión del agua, y si se llegara a golpear en el cemento y si se llegara a romper la cabeza, y si le llegara a empezar a salir y a salir sangre, hermana?

Hermana: No, hermana, no lo ve, bien firme al cemento, agarrándose con sus pies al cemento, como si fueran garras de animal, con las uñas bien enterradas en el cemento, atravesándolo, para no caerse, doña Emilia, a toda presión el agua, me escuchó.

Hermana: Oiga, hermana, ya está bueno con el agua, que se ve bien limpio, y parece que le molesta todo lo que le habla la señora Emilia, no ve que llora, hermana, le dice que la corte con el agua, que le está dando frío, que ya es tarde y la señora Emilia como que no lo escucha y le toma los bracitos y lo da vuelta, hay que hacer algo, hermana, ¿no cree?

Hermana: Sí, y le mete demasiado la manguera por todos lados al pobre caballero, y claro, ahora sí lo escucho, le dice que ya está bueno, pero ella sigue con la manguera, y el agua entrándole al caballero por todos los rincones, y la señora Emilia transpirando y hablando sin parar, casi gritando, ay, no, hermana, hay que parar esto, el caballero se nos va a morir aquí si no hacemos algo, eh, doña Emilia, doña Emilia, si está bien así, que el caballero se tiene que ir a descansar, doña Emilia, que no escucha que ya no es hora de tanto baño, que está haciendo frío, y piense en el pobre caballero, doña Emilia, que está sorda, deje de mojar al pobre, doña Emilia, doña Emilia.

Emilia: Que tengo que dejarlo bien limpio, hermana, porque ahora va a ser un caballero bueno, no es cierto, don Orlando, que se va a tomar toda la sopa y se va a acostar temprano y rezar, rezar mucho para que se mejore, uy, viera usted la fe que le tengo a la virgen de Lourdes, encomiéndese a ella, don Orlando, ahora tengo que sacarle todo el piñén, que como que tiene pegada la mugre, pero la manguera va a ayudar, no sea tonto pues y ayúdeme, que todo es por su salud, que después se va a sentir mucho mejor.

Hermana: Oiga, doña Emilia, entienda de una vez, que el caballero se nos muere, se nos muere, hermana, ay, Dios santo, qué hemos hecho con el pobre caballero, anda a ayudarlo a doña Emilia, Alfonso, anda, corre, corre, corre, niño, por Dios.

(doña Emilia y Alfonso toman el cuerpo de la Olguita, lo secan y lo conducen a la pieza, la acuestan en una cama blanca, algunas hermanas pasean por la habitación)

el abandono

Emilia: Ay, Alfonsito, por Dios, no hay caso con la pereza de este caballero, ayúdeme, mire que no lo puedo levantar, usted lo viera en las mañanas, Alfonsito.

Olguita: Ay, señora, que el dolor es peor, que no me puedo ni mover, sí, me duele mucho la espalda, aquí, como que tengo un peso y no me puedo enderezar.

Emilia: Ya, caballero, que aunque quiera no lo vamos a dejar aquí todo empapado.

Olguita: Ay, que tengo ganas de pasar todo el día aquí encamada, sin salir a ningún lado, por el dolor, que me viene muy fuerte, y no querer levantarme, usted me entiende, joven, sí, mi niño, seguir de largo acostadita, para que nadie venga a molestar, y comer aquí entre las sábanas, y que las migas se metan por entre las colchas, joven, y sentirse muy débil, sin ganas de levantarse, no, por ningún motivo, no querer salir a ningún lado, sólo estar encamado y hacer todo aquí entre las sábanas.

(Alfonso no responde)

Emilia: Pero, ayude, Alfonsito, que se queda escuchando, ya, pues levántese, mire que hoy el sol pega como nunca, y aquí afuera se va a enfermar, caballero, hágame caso.

Olguita: Pero si no va a pasar nada, joven, dígame que yo aquí adentro me protejo del sol, no ve, metida entre las colchas, las sábanas, sintiendo casi frío, como si adentro fuera invierno y afuera verano, así, joven, ve, bien tapada, haciéndome la dormida cuando vienen a dejarme la comida y escuchando lo que hablan de mi esas viejas gordas, en la puerta, mientras yo me hago la que duermo, hablando de cómo había llegado, de cosas que yo no sabía, sí, señora, por Dios, y que tenía que conocer, de cuando me trajeron, de cómo me trajeron, de por qué estoy aquí metido, dígame a todas esas señoras, joven, quiere, que estoy bien aquí.

(Alfonso no responde)

Emilia: Ya, se acabó, don Orlando, si usted no tiene nada, si está bien y ahora nos tiene que ayudar a sacarlo de aquí para dormir y dormir, porque no queda otra cosa que hacer, porque no los dejan hacer nada, y usted sabe muy bien por qué está aquí, encerrado.

Olguita: Ay, me da mucha pena, que me acuerdo del Mario, de todo lo malo que era conmigo, que ya no viene a verme, que nadie viene a verme, que ni siquiera usted me visita, que estoy sola, Estelita, que estas viejas gordas hablan mientras me hago como que duermo, que me tienen botado, que no me visitan, Estelita.

(Alfonso no responde)

Emilia: Sí, sí, sí, ya, sólo quiero que se pare y nos ayude a llevarlo a su pieza.

Olguita: Por qué me tienen encerrada, Estelita, usted me lo tiene que contar todo.

Emilia: Ella lo está esperando en su pieza y tiene que ir para que le cuente como van las cosas. Eso, Alfonsito, bien arropado, para que el sol de afuera no pueda entrar, y no le dé en su cara de nuevo, ¿se acuerda lo que le molestaba el sol en la cara, don Orlando? Eso, y llegar a la pieza y no salir nunca, eso, aquí, bien acostado como un rey, Alfonsito, ve, no como los otros viejos, ¿quiere, don Orlando?

Olguita: Sí

(doña Emilia acuesta a la Olguita, la Estela entra en el cuarto, Alfonso escucha la conversación)

Estela: Aquí estoy, Olguita.

Olguita: Ay, Estelita, dícales que no lo hagan de nuevo, ¿quiere?, si nunca más, hermana, ni una gota, nada, dícales que no las boten, que no son mías, hermana, que cuando lleguen de nuevo me van a pegar, ay, señorita, que siempre me pegan, que tengo el cuerpo podrido de tantos golpes, que no le da lástima verme viejo, que no tengo nada que hacer, todo el día encerrado, que me las trajeron las chiquillas, escondidas, señorita, pero no les tiene que decir a ellas, porque van a seguir registrando, y también me traen cigarrillos, y eso sí que dejan entrar esas viejas gordas de delantal blanco que están en la puerta siempre mirándome, que les tengo mucho miedo, porque en la noche no me dejan dormir con las fiestas que hacen entre todas, esas viejas, bailando unas con otras, como animales, gritando como locas y yo encerrado en esta pieza no puedo decirles que se callen porque por más que grito, nadie me escucha, que se me acabó la voz, que ya no canto como antes en el bolichito, con las chiquillas, que yo había tenido una voz muy dulce.

Estela: Y no se acuerda de mí, Olguita, soy la Estela de nuevo, su Estela.

Olguita: Sí, sí, sí, porque antes sí que era la reina de la noche, señorita, cuando cantaba, porque míreme, tan flaco, tan negro, con ese vestido colorado con lunares era otra persona, que sacaba aplausos, cuando subía a las mesas y me ponía a cantar esos tangos, esos boleros, igual que la Olguita, y todos cuando bajaba me gritaban Olguita, mijita rica, cántese otro, me tiraban flores, me daban besitos, me traían chocolates, me querían de verdad, no como aquí donde me encerraron como animal, pero si yo no tengo la culpa, señorita.

Estela: Y su comida, Olguita, toda apilada, que se va a enfermar.

Olguita: Ay, si ya no me importa, en un principio sí, pero que ahora ya no porque sé que me voy a morir igual, porque nadie me va a sacar nunca de aquí, porque todos se olvidaron de mí, señorita, me trajeron como un gran favor esta ropa, se da cuenta las porquerías que me mandan, si aquí ya ni me llaman Olguita, me dicen por mi nombre de pila, ay, si ese nombre nunca me ha gustado, señorita, me da una vergüenza escuchar que me llamen así, por culpa de ese nombre me voy consumiendo de a poquito, señorita.

Estela: Como si las cifras de su muerte estuvieran en ese nombre, no es cierto, Olguita?

Olguita: Porque sé que me van a sacar de esta pieza adentro de un cajón, ah, señorita, y cuando esto pase que pongan en el nicho mi nombre de verdad: Olguita, que les va a salir barato, que tiene pocas letras, para qué más si todos me conocen con ese nombre, que para qué otro, cuando lo único que quiero es que me recuerden con ese nombre, porque ahí está todo, señorita, el camión, la mano de piedra en mi cintura, mi cintura como pajita, siempre, todo, todo y no en ese que me dicen ahora, no me llame más así, dígame Olguita, Olguita, si es facilito, si quiere que le ponga atención tiene que decirme Olguita, siempre Olguita, porque cada vez que escucho ese otro nombre es como si me fueran desplumando y me pusiera más flaca, más fea, más vieja, no me diga más ese nombre porque me da mucha pena acordarme de todo.

Hermana: Ay, sí, hija mía, los demás internos se ríen de él y lo dejan solo, en los rincones y le dicen groserías y le ensucian toda su ropa impecable, blanca, como de novia, claro, y también lo pisan y lo patean, todo eso cuando se pone a hablar de lo que pasó.

Olguita: Ay, Estelita, que eso me duele mucho, y me acuerdo de todo y sé que ellos no van a entender, que me tengo que quedar calladito, calladito siempre si quiero seguir viviendo, ay, me da una vergüenza escucharme hablar, mirarme al espejo, que mi cuerpo ahora es como de otra persona.

Hermana: Claro, y a veces los demás internos llegan, se ponen todos delante de él y en fila empiezan a gritarle groserías y le tiran piedras en sus canillitas, aquí, mire ¿las ve?

Olguita: Que no se da cuenta cómo las tengo todas moreteadas, llenas de sangre estancada entre la piel y la carne, son por culpa de los golpes de esas viejas gordas.

Hermana: Ay, nosotras, no, se le ocurre, nunca, si son ellos, los demás internos, que le tienen envidia, mucha envidia, claro, y como son más grandes y él es tan chico, tan sin fuerzas, tan farrutito, no puede contra todos los demás y por eso le pegan y le dicen cosas y hablan cuando él no está y le inventan historias, pero nosotras, no, usted nos imagina golpeando a los internos, no, no, hija, esas son historias de su propia cabecita enferma.

Olguita: Claro, porque nunca les hice caso y como sólo me dedicaba a mirar con mis ojitos de gato horas enteras.

Hermana: Y así se quedaba, mientras le pegaban, y le pegaban fuerte, hija mía.

Olguita: Y mientras miraba, lloraba calladito, me tragaba las lágrimas, Olguita, para que no se dieran cuenta de que los aplausos me emocionaban, y siguieran más fuerte y yo ahí entre todos.

Hermana: Uno, dos, tres, hasta veinte sobre él golpeándolo, hija mía, si era terrible.

Olguita: Ay, y me tragaba las lágrimas y no arrugaba la cara, sólo cerraba los ojos.

Hermana: Un, dos, tres, hasta veinte sobre él, hija mía, sobre su cuerpo flaco, pequeño, insignificante, como un punto, un granito de arena, a lo mejor le gustaba tanto golpe, porque de vez en cuando abría los ojos y los veía a todos sobre él y trataba de abrazarlos a todos y decirles cosas lindas, hijita, ay, que Dios me perdone por pensar tanta lesera.

Olguita: Sí, Estelita, mientras me aplaudían entre todos, los veinte sobre mí, Estelita, aplaudiendo a rabiar, después que había cantado como una bestia sobre las mesas, con borrachos tirados en el suelo, sólo para verme los calzones, Estelita, se da cuenta, mientras me aplaudían entre todos, los veinte sobre mí, aplaudiendo a rabiar.

Hermana: Sí, hija mía, cada día más y más delgado, como una línea el pobre don Orlando.

Olguita: Ay, pero que no lo botaran, por favor, señorita, dígale a las hermanas, que tenía que cantar otra más, y todo esto ayudaba, señorita, mucho, que no lo botara, que le juro que las escondo muy bien y nadie se va a dar cuenta, que es lo único que tengo para dormir tranquilo y dejar de escuchar esos gritos allá afuera de esas mujeres gordas de delantal blanco, que gritaban y bailaban toda la noche como locas, dígales que si las seguían vaciando me voy a poner a gritar como una loca, que no lo hicieran, que no veían que a él le gustaba mucho, señorita.

Estela: Olguita, ahora sí que me va a decir mi nombre, ¿no? Olguita, acuértese.

Olguita: Ellas, ellas van a seguir, señorita, y no voy a dormir tranquilo, escuchando a esas viejas gordas degeneradas bailando y riendo afuera, bailando entre ellas, frotando sus grasas unas con otras, gritando como yeguas y él adentro encerrado sin poder pararse, ni hablar, ni pedir.

Estela: Olguita, por favor, soy la Estela, su hija, ¿me escucha?

Hermana: Un, dos, tres, hasta veinte sobre él, hijita, sobre su cuerpo flaco, pequeño, insignificante, como un punto, como un granito de arena.

Olguita: Por favor, que se callaran de una vez.

Estelita: Olguita, sí, sí, las hermanas se van a callar, shiiittt...

(desaparece la pieza de la Olguita, aparecen las hermanas, acompañadas por Alfonso)

Hermana: Todo el día encerrado en la pieza, hermana, hablando de un traje rojo, de española.

Hermana: No, si estaba loco, decía sólo tonteras, que Mario esto, que Mario lo otro, Mario arriba y Mario abajo, ay, hermana, no tenía remedio, el pobre.

Hermana: Y cómo lo encontraron, hermana por Dios, todo sangrado en un auto viejo, y él seguía diciendo que ese tal Mario lo había dejado así, todo sangrado.

Hermana: Primero la posta, después aquí y por último que se quería ir, y cuando le daba por gritar que lo sacaran de la pieza, ¿se acuerda, hermana?

Hermana: Ay, Dios mío, y cuando se creía bailarina, hermana, ¿se acuerda?, pasaban días y no comía y no comía y la comida tirada ahí pudriéndose, llena de moscas, hermana.

Hermana: Ah, claro, y lo peor, mi linda, es que nadie lo visitaba, sólo esa vez cuando unas niñas bien simpáticas le trajeron ese traje oscuro, ¿se acuerda? Y dijeron que eran sus hermanas, y cuando lo vimos tan sucio, nos dio una pena que tuvimos que hablar con doña Emilia, si usted me acompañó, ¿se acuerda?, para que lo llevara a los baños y le diera una buena ducha, sí, pues, con la manguera, no, aquí en el patio, sí, no ve que estaban limpiando los baños, y como estábamos en verano.

Hermana: Sí, sí, y muy flaco, hermana, aunque lo hubiésemos llevado sin mayor problema entre las tres, hermana, Alfonsito nos habría ayudado.

Hermana: Claro, pero nosotras no podíamos cargar con él, tan sucio, hermana por Dios.

Hermana: Sí, muy pero muy sucio, hermana.

Hermana: Sí, hermana, no habríamos podido, Alfonsito tenía fuerza demás para cargar con él, no es cierto, Alfonsito.

(No responde)

Hermana: Claro, demás lo hubiésemos podido llevar entre las tres, con Alfonsito incluido, pero andaba con un dolor de espalda y el olor...

Hermana: No, en realidad, nosotras no, y ahí fue cuando usted me acompañó a hablar con doña Emilia.

Hermana: Tan dije ella, ¿no Alfonsito?

(No responde)

Hermana: Sííí, tan buena gente, hermana, un amor de persona.

(desaparecen las hermanas)

la transfiguración

(Alfonso llega al cuarto de la Olguita)

Alfonso: Soy la Estela, Olguita.

Olguita: No las llame de nuevo a las hermanas, a esa vieja gorda, mire que van a venir a pegarme de nuevo, señorita.

Alfonso: No me escuchó, mamita, la Estelita.

Olguita: La Estelita.

Alfonso: Soy la Estela, mamita, no se acuerda de mí, quiere que se lo repita de nuevo, la Estela.

Olguita: No, señorita, que van a venir, si quiere el paso las botellas a usted pero que no vengan, por favor.

Alfonso: Ay, mamita, hoy día va a venir la virgen y quiere hablar con usted, mamita, porque a mí a veces me habla de cosas que no entiendo, y usted me tiene que ayudar, porque quiero entender todo lo que me dice en su media lengua rota, mamita, toda de yeso, si usted la viera, mamita, lo linda que se ve, toda celeste y con su carita que sólo me sonríe a mí porque soy la Estela, su hija, mamita Olga, se tiene que poner su traje rojo con lunares de muchos colores para que cuando llegue la virgen y la tome entre sus brazos y sienta sus huesitos a punto de quebrarse y le hable con su mirada dulce clavada en sus ojos, se la lleve al tiro al cielo, mamita.

Olguita: ¿Pero es usted, mi niña, de verdad?, y lo tiene aquí, me lo trajo, ay, dónde lo fue a encontrar, mi niña, pásemelo, pásemelo, pásemelo, Estelita, lo voy a meter aquí, debajo del colchón, para que no me lo quiten, pásemelo, pásemelo, pásemelo, Estelita, si lo escondo no ve.

Alfonso: Usted me tiene que llamar por mi nombre, porque yo soy la Estela, y cuando viene la virgen y me habla, Olguita, me pregunta que por qué nunca le digo a usted mamá y me quedo mudo, Olguita, no sé qué decirle, por qué no le digo mamá, Olguita, ¿usted sabe?, siempre le he dicho Olguita, sólo Olguita, nunca mamá, ah, ahora se acordó de mí, y me mira, Olguita, con sus ojitos fijos apagados, oscuros, me dice mi nombre.

Olguita: Eres tú, Estela, Estelita.

Alfonso: Sí, ahora muy quieto, que va a venir la señora, y me tiene que contar la historia, antes que llegue, hábleme como si le estuviera hablando a un muerto, Olguita, vacío, seco, y pronunciando en su media lengua esa historia del vestido rojo, si no le voy a contar a nadie, Olguita, porque de nuevo no voy a entender, porque soy muy tonto, porque tengo el cerebro seco y a nadie le voy a decir nada, se lo juro, porque voy a seguir mudo, Olguita, y todo esto para que las hermanas puedan seguir hablando delante mío, porque yo no hablo, mamita, ellas me robaron la voz, la metieron a un saco y

21

la tiraron al canal, igual que a usted, Olguita, usted sabe muy bien que son ellas las malas, usted conoce muy bien a las hermanas, no es cierto, por eso tengo que tragarme la voz, para que no me pillen y me vuelvan a pegar y lo único que me queda aquí es lo que usted me cuenta, mamita, porque a usted no le molesta que le hable y usted nunca me va a acusar con las hermanas, para que me peguen de nuevo, porque ellas dicen que yo no puedo hablar, sólo escuchar y que eso no sirve de nada, Olguita, Olguita, que no se acuerda de mí, si soy la Estela, que la vino a ver para que me hable de la historia del vestido, mamita, la Estelita.

Olguita: Que se vaya, hermanas, sí, esta señorita, que viene de nuevo a molestarte, hermanas, por favor.

Alfonso: Ay, no, Olguita, no las llame, si soy yo, la Estela, que viene a verla, que está bien mi viejita, háblele de su historia de amor, como cuando era una niña, se acuerda, y me hablaba para que me quedara dormida, mamita, ¿quiere?

Olguita: No, señorita, que no quiero hablar más de lo que pasó, hermana, dígame que quiero estar sola, que quiero dormir, hermana, por favor, sola, sola, sola.

(aparecen las hermanas)

Emilia: ¿No le contó la Olguita que todas las noches conversaba con ellos, hermana?

Hermana: Sí, y también que la escuchaban y que ella les podía hablar y contarles todo, de cómo ese tal Mario, del que habla siempre, le pegaba antes, de su viejita, y a mí me contó que ella también a veces venía y se quedaba sentada en un rinconcito hablándole también, que le preguntaba por las chiquillas, esas niñas de donde vivía antes, por todo.

Emilia: ¿Y le contaba que todos ellos la venían a ver, hermana?

Hermana: Sí, y que les hablaba y que ellos sólo escuchaban y sonreían.

Emilia: Pobre Olguita.

Hermana: Yo le creo, si ella lo dice, claro que le creo.

Emilia: Pero no le da pena verla así tan postrada a la pobre, hablando de esas cosas, como si estuviera medio loca, venir a quedar así, tan sola, no sé cómo puede soportar tanto calor, aquí encerrada la pobre, si hay que sacarla hermana y darle un buen baño, para que se saque esos fantasmas de la cabeza.

Hermana: Ay, no me diga más, si de sólo verla me da una pena, sí, Olguita, sí son ángeles, me dice que la vienen a ver todos los días, y usted le habla, no es cierto, Olguita, sí, ahora, a ver, don Orlando, vamos a tener que sentarlo, sí, la señora Emilia nos va a ayudar, para que se sienta mejor, todo es para que se sienta mejor, así, eso, sentado en la cama para que deje de imaginar cosas, me ayuda, doña Emilia, así, eso, mi viejito flaco, bien sentado, como un príncipe, ahora Alfonso se va a ir y lo va a dejar tranquilo, mi viejo, ya, vamos Alfonso que el caballero tiene que descansar, vamos, sí, si los escucho, usted también, señora Emilia, ¿no es cierto?

(la Olguita dice algo que apenas se entiende)

Emilia: Sí, Olguita, si le creo todo lo que me dice, que ellos, o sea, los ángeles, la escuchan y usted les habla de todo, sí, Olguita, si le creo, no, cómo voy a pensar que está loco, lo tienen aquí para que se mejore, pero claro, Olguita.

Hermana: Y ella se da cuenta que no va a salir nunca y yo sé que llora cuando se queda solo, después que nos vamos y que llegan ellos.

Emilia: Si es que llegan.

Hermana: Pero yo no le puedo decir nada, sólo que...

(la Olguita pregunta algo)

Sí, Olguita, luego, si ya hablé con el médico, no se preocupe, va a ver cómo los días se van a pasar volando y que cuando llegue el verano ya va a estar de nuevo con las chiquillas.

Emilia: Mire como se alegra, y se ríe la pobre.

Hermana: Pero ella sabe que no, que se lo va a pasar todo el verano encerrado, y que va a llegar el otoño, el invierno, la primavera, y otra vez el verano y ella todavía va a estar allí, más flaquita que ahora, más viejita que ahora, con la misma camisita larga, delgada como un ánima, esperando que alguien la visite.

Emilia: Más perdida en sus ángeles, hablándonos de ellos a todas horas, viéndolos a cada rato.

Hermana: Pero es mejor así, que se olvide de todo, que se meta más y más en sus fantasías, que se pierda en su cabeza no más, que se olvide del mundo, con sus sueños, con sus visiones, con lo que habla.

Emilia: Sí, es mejor, de qué le sirve volver a sufrir como antes a la pobre.

Hermana: Que se quede con sus visiones, que nos hable de sus conversaciones con la virgen, de su viejecita, sí, ¿ah?, no, don Orlando, si Alfonsito se va con nosotras, ah, qué, qué, ah, que se quede con él, doña Emilia, Alfonso, se queda con el caballero.

Emilia: Sí, si lo va a cuidar Alfonso, si está aquí, a su lado, siempre.

Hermana: ¿Ah, qué?, sí, sí, Olguita, si la veo, ¿no la ve, doña Emilia?

Emilia: ¿Qué?

Hermana: A su viejita, que la vino a ver, que está tomándose un té en el rincón, esperando que nos vayamos, ahí, pues en el rincón, ¿que no la ve?

Emilia: ¿Dónde?

Hermana: Ahí, sentada en el rincón.

Emilia: Ah, sí claro, claro, claro, arrolladita la pobre viejecita, como un mendigo, mire como le habla y le conversa, como si no pasara el tiempo, como si todo siguiera igual que antes.

Hermana: Como cuando ella, la pobre, era feliz.

(las hermanas se retiran)

Olguita: Estelita, en el cajón del velador, guardé unas hojas de afeitar, tráigamelas, ¿quiere?

Alfonso: Ay, se acordó de mí, mi viejo.

(Alfonso ayuda a la Olguita a levantarse)

Olguita: Sí, Estelita, tráigamelas, son para cuando nos revisan las hermanas, me tengo que afeitar todos los días porque cuando pasan ellas nos revisan bien y yo guardo las hojitas para afeitarme por eso las tengo ahí bien guardadas, aquí, Estelita, ¿ve?, ellas seguramente estarán escuchando y cuando vengan me las van a quitar y cómo voy a tener de nuevo la cara lisa como cuando joven, ay, que me da vergüenza contarle de cuando era más joven, Estelita, entonces, yo me apretaba aquí ve, para verme más delgada, apretándome bien con una faja así, contra la pared y pensando en que de nuevo quería no acordarme, que todo había sido un sueño, una invención de esta mano que me las quería cortar de nuevo, pero no les diga nada cuando vengan, Estelita, no le diga a nadie lo de la otra vez, la historia del baile, y esto tampoco, lo de las muñequitas bien amarradas mientras la sangre en el agua, no, que no las alcancé a esconder cuando me pillaron a punto de cortar las venitas y el agua casi roja, no diciendo nada sólo imaginando y sufriendo, en las dos, tengo dos vendas ve, me las pusieron ellas pero ninguna se dio cuenta de que ya habían sido tres veces antes que había esperado con mi llanto el día que se llenara el lavatorio y lo ponía rojo mi llanto, rojo, Estelita, esa vez, pero después ya no, ya nunca más.

(Alfonso la ayuda a vestirse con el traje rojo de lunares)

Olguita: Anoche estaba con usted, mamita, entre sus brazos y me decía que todo iba a ir bien, que no me preocupara y yo le creía y me tenía entre sus brazos blancos así, igual como estoy ahora, encerrada entre sus brazos y me decía que faltaba poco para que estuviéramos juntas, que se acordaba muy bien de cuando le iba a dejar florcitas con mi pobre vieja, mamita, y que sabía que me quería ir al cielo, cuando niño, que usted estaba siempre a mi lado y que no me iba a morir esa noche, mamita, que yo era bueno, ¿no es cierto, mamita?, que me quería tanto como yo a usted, y me hablaba con una voccecita pequeña, dulce y yo la escuchaba y me metía más en sus brazos y dormía con usted y no sabe cómo me acordaba de mi pobre vieja, cuando me tenía así en sus brazos, ella toda callada, que no me decía nada, que sólo me miraba y que sabía todo, igual que usted, mamita, y ya no tenía frío y no me importaba el agua que me tiraba esa señora de blanco, y no la escuchaba, sólo conversaba con usted, porque usted, mamita, me escuchaba y a mí me gustaba hablar con usted, nos entendíamos bien los dos, usted y yo, y lo mejor era que no preguntaba, que sólo escuchaba y me abría la ventana de su casa cuando la golpeaba, no como la Estela que por más que le pedía que por favor me dejara entrar ella como si nada, sorda adentro, metida entre medio de las colchas, sin quererme escuchar, usted no, mamita, usted me abría la ventana me ayudaba a entrar y me servía una tacita de té para el frío y yo le contaba todo lo del Mario, de que venía arrancando, porque el Mario me quería matar, de por qué me quería matar, le contaba todo y usted entendía, y no me preguntaba nada, mejor que la Estela, porque usted es muy buena, mamita, y se acordaba de cuando le llevaba flores y me quedaba un buen rato hincado sobre las piedras de su grutita, a punto de rompérseme mis rodillas, rezándole, toda la tarde, repitiéndole una y otra vez el padrenuestro, el avemaría, tratando de contarle todo lo que me pasaba, volviendo a ordenar mejor todo lo que le decía con los ojos bien cerrados, cuando no quedaba nadie, hasta bien tarde me quedaba yo solo en la grutita, y le contaba entre padrenuestros y avemarías, que me quería ir al cielo, cuando me muriera, que quería ser bueno, muy bueno, que iba todas las tardes a misa, que rezaba, rezaba mucho, porque quería estar a su lado, todo lo que pasaba entonces, pero ahora, usted me ve, mamita, que no tengo la culpa de lo que me pasa, que usted entiende, que se me olvidó pensar en el cielo desde hace mucho tiempo, que estoy más viejo, que conocí al Mario y todo se me olvidó, que ahora que estamos juntos de nuevo me atrevo a hablarle y a contarle todo, pero que me tiene que entender.

(la Olguita extiende los brazos e invita a que Alfonso se recueste en su regazo)

Y mírela, se ríe ella mientras le hablo, y me dice con la risa que me entiende, porque la mamita no habla, como usted, mi niña, ella sólo mira y sonríe, ahora me está sonriendo y me abraza más fuerte, y no me importa el agua de la señora esa, porque no tengo frío, porque el manto de la mamita me cubre, y me cubre entero, y no me deja ver mi cuerpo, que encuentro feo, que no me gusta, que quisiera de otro modo, pero que no puedo hacer nada porque Dios me hizo así, que cuando estoy en sus brazos como que ya no tuviera cuerpo, pura voz y la voz como que no fuera de mi cuerpo de antes, vuelvo a ser como antes, cuando estaba en la grutita hincado, sólo la voz, sólo los padrenuestros y los avemarías, y nada de brazos ni de piernas ni de nada, porque ahora con ella

sólo tengo voz, yo voz y ella sonrisa y esos brazos largos que me rodean, y no me importa que me dé frío, que la señora de la manguera se eternice con el agua sobre mi cuerpo viejo porque la tengo a ella que sólo me escucha y que vuelvo a rezar como cuando niño.

Alfonso: Dios te salve María llena eres de gracia, el Señor es contigo...

desaparece la luz

Comentario [JCBD1]: